

LA PAZ Y LAS VÍCTIMAS

Ha llegado el momento de hacer efectivo el compromiso de que las víctimas sean oídas por las instituciones en las decisiones que pueda requerir la gestión política de esta nueva fase

LAS víctimas de ETA han estado presentes en las valoraciones del Gobierno y de los principales partidos nacionales, PP y PSOE, sobre el comunicado de ETA. Todos han destacado su sacrificio y su aportación a la democracia como valores éticos que han contribuido a fortalecer la lucha del Estado contra el terrorismo. Y así ha sido. Las víctimas de ETA podían haber reaccionado colectivamente de muchas maneras, pero optaron por acogerse a la ley, a la Justicia, a las instituciones, al respaldo de la sociedad. Nunca han generado una propuesta de venganza, no han defendido la guerra sucia, nunca han culpado al Gobierno de turno por los asesinatos de ETA. Por eso, en efecto, las víctimas constituyen un baluarte ético de la sociedad española en estas terribles décadas de lucha contra el terrorismo. Sin ellas, es muy probable que el tejido social

y político de España hubiera quebrado en más de una ocasión.

Ahora es momento de recordar todos aquellos principios que la opinión pública y los partidos nacionales convinieron para cuando llegara el momento de enfrentarse al final de ETA. Si realmente este momento ha llegado, lo que sólo los hechos acreditarán, también ha llegado el momento de hacer efectivo el compromiso de que las víctimas tengan voz y sean oídas por las instituciones en las decisiones que pueda requerir la gestión política de esta nueva fase. Los mismos que dicen que las víctimas deben callar porque están condicionadas por su tragedia suelen ser los que aceptan sin rechistar a los verdugos como interlocutores políticos y «técnicos», como si ser causantes de esas tragedias no sólo no los condicionara, sino que los habilitara especialmente para el diálogo con el Estado. La experiencia irlandesa, mal conocida y muy manipulada cuando es puesta en relación con el País Vasco, enseña cómo la negociación política privilegia a los terroristas y desdeña a las víctimas. Así no habrá una paz justa.

Perder la dignidad y la entereza ante el comunicado de ETA es la reacción que los terroristas están buscando en el Estado. Lo conseguirán si ante el reclamo del «cese definitivo» de la violencia, el Gobierno y los partidos se despojan de sus compromisos éticos con la justicia, la reparación y la memoria de las víctimas. El olvido es la gran baza de los terroristas, que confían en que para ellos no haya «memoria histórica». Y claro que debe haberla, principalmente porque ETA no es historia. Es un presente trágico en cada una de las víctimas que ha causado.